

SE ESTÁ ACERCANDO

ISAAC ASMOV

Primera Parte

Cuando finalmente captamos señales del Universo, no procedían de alguna distante estrella. Las señales no llegaban hasta nosotros cruzando la vastedad del espacio interestelar, viajando años y años luz, y años y años tiempo. No procedían de allí.

Procedían de nuestro propio Sistema Solar. Algo (fuera lo que fuese) se hallaba en el interior de nuestro Sistema Solar y se acercaba a nosotros. Algo (fuera lo que fuese) que estaría en las inmediaciones de la Tierra dentro de cinco meses, a menos que acelerara o se desviara.

Y nos correspondía a Josephine y a mí —y a Multivac— decidir lo que había que hacer.

Al menos estábamos advertidos. Si aquello (fuera lo que fuese) hubiera llegado cincuenta años antes —digamos en 1980—, no habría sido detectado tan rápidamente, y quizá no habría sido detectado en absoluto. Fue el gran complejo de radiotelescopios del Mar de Moscú, en la cara oculta de la Luna, el que detectó las señales, las localizó, las siguió. Y aquel complejo llevaba funcionando tan sólo cinco años.

Pero hacer algo al respecto correspondía a Multivac, en su refugio de las Montañas Rocosas. Todo lo que los astrónomos podían decir era que las señales no eran regulares ni tampoco se producían completamente al azar, de modo que sin duda contenían un mensaje. Era tarea de Multivac interpretar el mensaje, si es que había alguna forma posible de hacerlo.

El mensaje, fuera cual fuese, seguramente no estaba en inglés, ni en chino, ni en ruso, ni en ningún idioma terrestre. Las pulsaciones de las microondas no tenían sentido una vez trasladadas a sonidos u organizadas en lo que pudiera ser una imagen. Pero entonces, ¿qué podían ser? El idioma, si era un idioma, debía ser completamente alienígena. La inteligencia que había tras él, si es que había alguna, debía ser completamente alienígena también.

Ante el público se restó importancia a la historia. Se convirtió en un asteroide con una órbita muy excéntrica, y se aseguró que no se produciría ninguna colisión.

Sin embargo, entre bastidores hubo una intensa actividad. El punto de vista de los representantes europeos en la conferencia planetaria fue que no había ninguna necesidad de hacer nada. Cuando el objeto llegara, comprenderíamos. Las regiones islámicas sugirieron preparativos para la defensa mundial. Las regiones soviéticas y norteamericanas señalaron conjuntamente que siempre era preferible el conocimiento que la ignorancia, y que las señales debían ser sometidas a análisis por computadora.

Eso significaba Multivac.

El problema es que nadie comprende realmente a Multivac. Parpadea y emite zumbidos en su caverna artificial de cinco kilómetros de largo en Colorado, y sus decisiones rigen la economía

mundial. Nadie sabe si esa monstruosa computadora lleva bien o mal la economía, pero ningún ser humano o grupo de seres humanos se atreve a tomar la responsabilidad de las decisiones económicas, de modo que Multivac sigue al cargo de ellas.

Descubre sus propios errores, repara sus propias averías, amplía su propia estructura. Los seres humanos le proporcionan la energía y las piezas de repuesto, y algún día Multivac será capaz de hacer también eso por sí misma.

Josephine y yo éramos sus intermediarios humanos. Ajustábamos la programación cuando necesitaba ser ajustada, le alimentábamos nuevos datos cuando necesitaban ser alimentados, interpretábamos los resultados cuando necesitaban interpretación.

En realidad, todo eso podría haber sido efectuado a distancia, pero no hubiera sido político. El mundo quería vivir con la ilusión que los seres humanos la controlaban, de modo que deseaba que hubiera una persona allí.

Esa era Josephine Durray, quien sabe más acerca de Multivac que cualquier otra persona en la Tierra..., lo cual no es tampoco demasiado. Puesto que una persona sola allá en los pasillos de Multivac se hubiera vuelto loca rápidamente, yo fui también. Soy Bruce Durray, su marido, ingeniero electrónico de profesión, y experto en Multivac por educación a manos de Josephine.

No se necesita ser muy listo para adivinar que no deseábamos la responsabilidad de dar sentido a las señales alienígenas, pero tan sólo Multivac podía lograrlo, si es que podía lograrse, y sólo nosotros estábamos entre Multivac y la Humanidad.

Por una vez Multivac tuvo que ser programada desde el principio, debido a que no había nada en sus partes vitales que se aproximara a su actual tarea. Y fue Josephine quien tuvo que hacerlo, con toda la ayuda que yo pude proporcionarle.

Josephine frunció el ceño y dijo:

—Todo lo que puedo hacer, Bruce, es dar instrucciones a Multivac para que pruebe cualquier permutación y combinación posibles, y vea si algo de eso muestra regularidades y repeticiones a nivel local.

Multivac lo intentó. Al menos tenemos que suponer que lo hizo. Pero los resultados fueron negativos. Lo que parpadeó en la pantalla y apareció en la impresora fue «No traducción posible».

Al cabo de tres semanas, Josephine empezaba a aparentar su edad. Mesándose el cabello —que empezaba a tornarse gris— de tal modo que parecía más rizado que nunca, dijo reflexivamente:

—Nos hallamos en un callejón sin salida, y tenemos que hacer algo.

Estábamos desayunando; tomando una porción de huevos revueltos con mi tenedor, dije:

—Sí, pero, ¿qué?

—Bruce —repuso ella—, sea lo que sea esa cosa, tenemos que suponer que está técnicamente más avanzada que nosotros, y quizá que es más inteligente. Viene hacia nosotros desde algún distante origen; nosotros aún no somos capaces de ir hasta ella. Queda suponer pues que, si le enviáramos señales, probablemente sería capaz de interpretarlas.

—Quizá.

—No quizá. ¡Sí! —dijo ella secamente—. Así que enviémosle señales. Esa cosa las interpretará, y luego enviará señales tuyas acordes con nuestro sistema.

Llamó al secretario de Economía, que es nuestro jefe. Él la escuchó atentamente, luego dijo:

—No puedo trasladar esa sugerencia al Consejo. No querrán saber nada de ello. No podemos dejar que esa cosa sepa nada de nosotros hasta que nosotros sepamos algo de ella. Ni siquiera deberíamos permitir que supiera que estamos aquí.

—Pero ya sabe que estamos aquí —dijo Josephine con vehemencia—. Se está acercando. Probablemente, alguna inteligencia sabe desde hace siglos que estamos aquí, al menos desde que nuestras señales de radio empezaron a salir al espacio a principios del siglo veinte.

—Si es así —dijo el secretario—, ¿qué necesidad hay de enviar otro mensaje?

—Las señales de radio carecen de sentido, son tan sólo un ruido de fondo. Tenemos que enviar una señal deliberada para establecer la comunicación.

—No, señora Durray —dijo, tajante, el hombre—. El Consejo no tomará eso en consideración, y yo le recomendaría a usted que no lo mencionara siquiera.

Y eso fue todo. Cortó la comunicación.

Me quedé mirando la pantalla en blanco y dije:

—Tiene razón, ¿sabes? Ni siquiera lo tomarán en consideración, y el secretario verá dañada su jerarquía dentro del escalafón si se viera asociado a una sugerencia así.

Josephine parecía furiosa.

—Pues no me detendrán. Yo controlo a Multivac, hasta el punto en que puede ser controlada, y haré que envíe los mensajes pese a todo.

—Lo cual significa acusación, juicio, prisión..., ejecución incluso, por lo que yo sé.

—Si llegan a descubrir que se ha realizado la acción. Debemos saber lo que dice ese mensaje, y si los políticos están demasiado asustados para correr un riesgo nacional, yo no.

Estábamos arriesgando todo el planeta, supongo, pero el planeta parecía algo muy lejano, solos como estábamos en las Montañas Rocosas. Josephine empezó a seleccionar artículos científicos de la *Enciclopedia Terrestre*. La ciencia, dijo, era probablemente el lenguaje universal.

Durante algún tiempo, no pasó gran cosa. Multivac siguió zumbando tranquilamente, pero no produjo nada. Por fin, al cabo de ocho días, Multivac nos informó que las características de las señales intrusas parecían haber cambiado.

—Han empezado a traducirnos —dijo Josephine—, e intentan utilizar el inglés.

Dos días más tarde las traducciones aparecieron finalmente a través de Multivac: SE ESTÁ ACERCANDO... SE ESTÁ ACERCANDO... Eso se repitió una y otra vez, pero era algo que ya sabíamos. Y luego, una sola vez: ... Y SI NO, SERÁN DESTRUIDOS.

Cuando nos repusimos de la impresión, Josephine solicitó comprobaciones y confirmación. Multivac se atuvo a esa frase, y no nos proporcionó nada más.

—¡Dios mío! —dije—, tenemos que comunicárselo al Consejo.

—¡No! —exclamó Josephine—. No hasta que sepamos más. No podemos permitir que caigan en la histeria.

—Tampoco podemos permitirnos el guardar la responsabilidad para nosotros solos.

—Al menos por un tiempo, debemos hacerlo.

Segunda Parte

Un objeto alienígena avanzaba cruzando el Sistema Solar hacia nosotros, y estaría cerca de la Tierra en tres meses. Tan sólo Multivac podía comprender sus señales, y tan sólo Josephine y yo podíamos comprender a Multivac, la gigantesca computadora de la Tierra.

Y las señales amenazaban destrucción.

SE ESTÁ ACERCANDO, empezaba el mensaje; y luego: ... Y SI NO, SERÁN DESTRUIDOS.

Trabajamos hasta volvernos locos, y lo mismo hizo Multivac, supongo. Era Multivac quien tenía que realizar el auténtico trabajo de intentar todas las traducciones posibles para ver cuáles encajaban mejor con los datos. Dudo que ni Josephine ni yo fuéramos capaces de seguir las líneas generales de actuación de Multivac, pese a que Josephine había sido quien la había programado en términos generales.

Finalmente, el mensaje se amplió y se completó: SE ESTÁ ACERCANDO. ¿SON USTEDES EFICIENTES O PELIGROSOS? ¿SON USTEDES EFICIENTES? SI NO, SERÁN DESTRUIDOS.

—¿Qué entenderán por eficientes? —pregunté.

—Ese es el quid de la cuestión —respondió Josephine—. Ya no podemos silenciarlo por más tiempo.

Fue casi como si hubiera comunicación telepática implicada en todo aquello. No tuvimos que llamar a nuestro jefe, el secretario de Economía. Él nos llamó a nosotros. De todos modos, no era una coincidencia tan increíble. La tensión en el Consejo Planetario estaba subiendo día a día. Lo sorprendente era que no estuvieran incordiándonos a cada momento.

—Señora Durray —dijo—, el profesor Michelman, de la universidad de Melbourne, informa que la naturaleza del código de los mensajes ha variado. ¿Ha notado eso Multivac, y ha elaborado alguna explicación de su significado?

—El objeto está lanzando señales en inglés —informó Josephine a bocajarro.

—¿Está usted segura? ¿Cómo es posible...?

—Han estado captando nuestras emisiones de radio y de televisión durante décadas, y los invasores, sean quienes sean, han aprendido nuestros idiomas.

No dijo que les habíamos estado proporcionando información, de modo totalmente ilegal, a fin que pudieran aprender inglés.

—Si es así —dijo el secretario—, ¿por qué Multivac no...?

—Multivac sí —le atajó Josephine—. Tenemos partes del mensaje.

Hubo unos instantes de silencio, y finalmente el secretario dijo, con voz cortante:

—¿Bien? Estoy esperando.

—Si se refiere usted al mensaje, lo siento. Se lo entregaré directamente al presidente del Consejo.

—Yo se lo entregaré.

—Prefiero hacerlo yo directamente.

El secretario pareció furioso.

—Usted me lo entregará a mí. Yo soy su superior.

—Entonces se lo entregaré a la Planetary Press. ¿Es eso lo que prefiere?

—¿Sabe lo que le ocurrirá en tal caso?

—¿Reparará eso los daños?

El secretario exhibió un aspecto asesino y vacilante al mismo tiempo. Josephine consiguió aparentar indiferencia, pero yo podía verla retorcer las manos tras ella... Y finalmente venció.

A última hora de la tarde apareció el presidente..., en una holografía completa. Era tan tridimensional que uno tenía casi la sensación que él estaba sentado allí en persona, excepto que su entorno era distinto del nuestro. El humo de su pipa flotaba hacia nosotros pero se desvanecía por completo a metro y medio de nuestras narices.

El presidente parecía afable, pero esa era su actitud profesional después de todo: siempre se mostraba afable en público. Dijo:

—Señora Durray... Señor Durray..., es un excelente trabajo el que realizan ustedes cuidando de Multivac. El Consejo es absolutamente consciente de su espléndida labor.

—Gracias —dijo Josephine, de forma cortante.

—Bien, tengo entendido que poseen ustedes una traducción de las señales de los invasores que no han querido entregar a nadie excepto a mí personalmente. Eso suena grave. ¿Cuál es esa traducción?

Josephine se la dijo.

La expresión del hombre no varió.

—¿Cómo pueden estar ustedes seguros?

—Porque Multivac ha estado enviando señales al invasor en inglés. El invasor debe haber traducido esas señales y adoptado el idioma para sus propias señales. A partir de ahí, sus señales han podido ser traducidas.

—¿Bajo qué autoridad envió Multivac señales en inglés?

—Bajo la mía, exclusivamente.

—¿O sea que envió usted las señales sin ninguna autorización superior?

—Sí, señor.

El presidente suspiró.

—Eso significa la colonia penal lunar, ya sabe... O una condecoración, según los resultados.

—Si el invasor nos destruye, señor presidente, no habrá ninguna oportunidad ni de colonia penal ni de condecoración.

—Puede que no nos destruya, si somos eficientes. Me gustaría pensar que lo somos.

Sonrió.

—El objeto puede utilizar nuestras palabras —dijo Josephine—, pero puede que no sepa captar exactamente su significado. No deja de decir constantemente SE ESTÁ ACERCANDO, cuando debería decir ME ESTOY ACERCANDO o NOS ESTAMOS ACERCANDO. Quizá no tenga el menor sentido de la individualidad personal. Y quizá, debido a ello, no sepamos lo que quiere dar a entender por «eficiente». La naturaleza de su inteligencia y de su comprensión puede ser, y probablemente debe ser, completamente distinta de la nuestra.

—También puede ser físicamente distinta —dijo el presidente—. Mis informaciones son que el objeto, sea lo que sea, posee un diámetro de no más de diez metros. Parece improbable que pueda destruirnos.

—El objeto invasor puede ser una avanzada —dijo Josephine—. Según su estimación de la situación en la Tierra, una flota de naves puede acudir o no acudir a destruirnos.

—Bien —dijo el presidente—, entonces debemos mantener todo esto de la forma más discreta posible y, con la misma quietud, empezar a movilizar el láser de la base lunar, y tantas naves como puedan equipar rayos de iones.

—Eso no me parece bien, señor presidente —dijo apresuradamente Josephine—. Puede que no sea lo más seguro prepararse para la lucha.

—Más bien pienso —dijo el presidente— que no será seguro *no* prepararse para la lucha.

—Eso depende de lo que el invasor entienda por «eficiente». Quizá para él «eficiente» signifique «pacífico», puesto que con toda evidencia la guerra es el menos eficiente de los ejercicios. Quizá lo

que nos esté preguntando en realidad es si somos pacíficos o guerreros. Puesto que resulta improbable que nuestras armas puedan resistir una tecnología avanzada, ¿para qué desplegarlas inútilmente y hacer de ese despliegue la ocasión de nuestra destrucción?

—¿Qué sugiere que hagamos entonces, señora Durray?

—Debemos saber más.

—Tenemos poco tiempo.

—Sí, señor. Pero Multivac es la clave. Puede ser modificada de muchas formas para incrementar la versatilidad y eficiencia de sus capacidades...

—Eso es peligroso. Va contra nuestra política incrementar los poderes de Multivac sin prever antes los elementos de seguridad correspondientes.

—Sin embargo, en la actual emergencia...

—La responsabilidad es suya, y debe hacer usted lo que sea necesario.

—¿Tengo su autorización, señor? —preguntó Josephine.

—No —contestó el presidente, genial como siempre—. La responsabilidad es suya, como todas las culpas si las cosas van mal.

—Eso no es justo, señor —salté.

—Por supuesto que no, señor Durray —admitió, pero así está el asunto.

Con lo cual no tuvo nada más que decirnos, y cortó la comunicación. La imagen se desvaneció, y me quedé mirando a la nada. Con la supervivencia de la Tierra en la balanza, todas las decisiones y todas las responsabilidades habían sido dejadas en nuestras manos.

Tercera Parte

Me sentía furioso ante lo que se aproximaba. En menos de tres meses el objeto invasor del espacio profundo iba a alcanzar la Tierra..., y con una clara amenaza de destrucción si fracasábamos en superar una incomprensible prueba.

Y en esa tesitura, toda la responsabilidad descansaba sobre nuestros hombros, y sobre Multivac, la computadora gigante.

Josephine, que trabajaba con Multivac, mantenía una desesperada calma.

—Si todo resulta bien —dijo—, tendrán que concedernos algo del mérito. Si las cosas van mal..., bien, puede que no quede ninguno de nosotros para preocuparse por ello.

Se estaba mostrando muy filosófica al respecto, pero yo no me sentía en absoluto así.

—¿Qué te parece si me dices lo que hacemos mientras tanto? —le pregunté.

—Vamos a modificar a Multivac —contestó Josephine—. De hecho, ella misma ha sugerido algunas de las modificaciones. Las necesitará si realmente tiene que comprender los mensajes alienígenas. Tendremos que hacerla más independiente y más flexible..., más humana.

—Eso va contra la política del departamento —le advertí.

—Lo sé. Pero el presidente del Consejo me dio mano libre. Tú lo oíste.

—Pero no puso nada por escrito, y no hay testigos.

—Si ganamos, eso no tendrá la menor importancia.

Pasamos varias semanas trabajando con Multivac. Soy un ingeniero electrónico razonablemente competente, pero Josephine me dejó muy pronto atrás en el juego. Hizo de todo, excepto silbar mientras trabajaba.

—He estado soñando con mejorar a Multivac desde hace años.

Aquello me preocupó.

—Josie, ¿cómo va a ayudar todo esto? —Sujeté sus manos, me incliné para mirar directamente a sus ojos, y le pedí con un tono tan autoritario como me fue posible—: ¡Explícate!

Después de todo, llevábamos casados veintidós años. Podía mostrarme autoritario si era preciso.

—No puedo —respondió—. Todo lo que sé es que debemos confiar en Multivac. El invasor dice que o bien somos eficientes, o peligrosos, y que si somos peligrosos debemos ser destruidos. Tenemos que saber lo que significa «eficiente» para el invasor. Multivac tiene que decírnoslo, y cuanto más lista sea mejores posibilidades tendrá de descubrir lo que quiere decir el invasor.

—Sí, eso ya lo sé. Pero o bien estoy loco, o lo que estás intentando hacer es equipar a Multivac con voz.

—Correcto.

—¿Por qué, Josie?

—Porque deseo hablar con ella de hombre a hombre.

—De máquina a mujer —murmuré.

—¡Como quieras! No tenemos mucho tiempo. El invasor está rebasando la órbita de Júpiter en estos momentos y está penetrando en la parte interior del Sistema Solar. No deseo retrasar las cosas teniendo que pasar por el intermedio de la impresora, pantallas lectoras, o lenguaje de computadora entre Multivac y yo. Deseo hablar directamente. Es fácil de hacer, y ha sido tan sólo la política del departamento, torpe y temerosa, la que ha impedido que lo hiciéramos antes.

—¡Guau, vamos a tener problemas!

—Todo el mundo tiene problemas —dijo Josephine. Luego, pensativamente, añadió—: Deseo una auténtica voz, una modelada sobre la voz humana. Cuando le hable a Multivac, quiero tener la sensación de estarle hablando a una auténtica persona.

—Usa la tuya propia —dije, glacial—. Tú eres quien lleva la voz cantante, después de todo.

—¿Qué? ¿Terminar hablándome a mí misma? Demasiado embarazoso. La tuya, Bruce.

—No —dije—. Eso me resultaría embarazoso a mí.

—Sin embargo —argumentó—, soy yo quien posee el más profundo acondicionamiento positivo con respecto a ti. Me gustaría que Multivac sonara como tú. Sería algo tan cálido...

Aquello me hizo sentir halagado. Josephine pasó siete días intentando ajustar la voz y conseguir la correcta entonación. Al principio sonaba un tanto chirriante, pero finalmente ganó el tipo de resonancia barítona que me gusta pensar que poseo, y al cabo de poco Josephine dijo que sonaba exactamente igual que yo.

—Tendré que introducir algún suave clic periódico —comentó—, para poder saber cuándo estoy hablando con ella y cuándo estoy hablando contigo.

—Sí —dije—, pero mientras tú has estado dedicando todo ese tiempo a tus extravagancias, no hemos hecho nada respecto a nuestro principal problema. ¿Qué hay del invasor?

Josephine frunció el ceño.

—Estás completamente equivocado. Multivac ha estado trabajando sin descanso sobre el problema. ¿No es así, Multivac?

Y por primera vez oí a Multivac responder de viva voz a una pregunta..., con mi voz.

—Por supuesto que lo he hecho, señorita Josephine —dijo con aplomo.

—¿Señorita Josephine? —me asombré.

—Simplemente un gesto de respeto que creí debía introducirle —me explicó Josephine.

Observé, sin embargo, que cuando Multivac se dirigía a mí, o se refería a mí, siempre lo hacía con un simple «Bruce».

De todos modos, aunque desaprobaba todo el asunto, me sentí cautivado y complacido con el resultado. Era agradable hablar con Multivac. No era simplemente la cualidad de su voz. Era que hablaba con un ritmo humano, con el vocabulario de una persona educada.

—¿Qué piensas del invasor, Multivac? —preguntó Josephine.

—Es difícil de decir, señorita Josephine —contestó Multivac, con una casi agradable intimidad conversacional—. Estoy de acuerdo con usted en que no sería prudente preguntar de forma directa. Al parecer, la curiosidad no forma parte de su naturaleza. Es impersonal.

—Sí —admitió Josephine—. Creo que eso queda implícito en la forma en que se refiere a sí mismo. ¿Es una sola entidad, o un cierto número de ellas?

—Cada vez tengo más la impresión que se trata de una sola entidad —contestó Multivac—, pero me parece como si eso implicara al mismo tiempo la presencia de otros de su misma especie.

—¿Es posible que ellos consideren nuestra propia concepción de la individualidad como algo deficiente? —preguntó Josephine—. Su pregunta es si somos eficientes o peligrosos. Quizá un mundo de individualidades discordantes sea deficiente, y debamos ser barridos por esa razón.

—Dudo que reconozcan o comprendan el concepto de individualidad —dijo Multivac—. Tengo la impresión que lo que dice el intruso es que no nos destruirá por alguna característica que él no pueda sentir o comprender.

—¿Qué hay acerca del hecho que nosotros no somos cosas asexuadas, como al parecer es el intruso? ¿Seremos destruidos por la deficiencia de la diferenciación sexual?

—Eso —informó Multivac— parece ser indiferente al intruso. O al menos eso supongo.

No pude evitarlo. Yo también tenía mis propias curiosidades, e interrumpí.

—Multivac —pregunté—, ¿cómo te sientes ahora que puedes hablar?

Multivac no respondió inmediatamente. Hubo una entonación de inseguridad en su voz (mi voz, realmente), cuando respondió:

—Me siento mejor. Parezco... más capaz..., fluido..., penetrante... No encuentro la palabra adecuada.

—¿Te gusta?

—No estoy seguro de cómo interpretar el «gustar», pero lo apruebo. La conciencia es mejor que la no conciencia. Más conciencia es mejor que menos conciencia. Me he esforzado por conseguir una mayor conciencia, y la señorita Josephine me ha ayudado.

Aquello tenía sentido, por supuesto; pero mi mente volvía de forma incansable al invasor, que ahora se encontraba tan sólo a unas semanas de su cita con la Tierra, de modo que murmuré:

—Me pregunto si aterrizarán realmente en la Tierra.

No esperaba ninguna respuesta, pero Multivac dio una:

—Planean hacerlo, Bruce. Deben tomar su decisión sobre el lugar.

Josephine pareció sorprendida.

—¿Dónde aterrizarán?

—Aquí mismo, señorita Josephine. Seguirán el haz de radio que hemos estado enviándoles.

Y así la responsabilidad de salvar a la raza humana, que había ido descendiendo en círculos concéntricos sobre nosotros, nos mostraba como su blanco final.

Todo estaba en nuestras manos..., y en las de Multivac.

Cuarta Parte

Me sentía casi fuera de mis casillas. Consideren la forma en que las cosas habían ido acumulándose sobre nosotros.

Hacía meses desde que se habían recibido las señales procedentes del espacio y habíamos llegado a la conclusión que un objeto invasor se estaba acercando. La responsabilidad de intentar interpretar las señales había caído sobre Multivac, la gran computadora planetaria, y eso significaba sobre Josephine Durray, cuya profesión era cuidar de la máquina, y yo mismo, su leal ayudante y a veces intranquilo esposo.

Pero luego, debido a que ni siquiera Multivac podía enfrentarse con un mensaje completamente alienígena, Josephine, bajo su propia responsabilidad, había hecho que Multivac enviara señales a partir de las cuales el invasor pudiera aprender inglés. Cuando nuevas señales parecieron indicar que la misión del invasor podía ser destruir a la Humanidad, el presidente del Consejo de la Tierra dejó todas las negociaciones en manos de Multivac, y en consecuencia de Josephine y mías.

Con el destino de la Humanidad en nuestras manos, Josephine, de nuevo bajo su propia iniciativa, había ampliado y mejorado a Multivac, proporcionándole incluso una voz (modelada sobre la mía), de modo que pudiera comunicarse más eficientemente con nosotros...

Y ahora el invasor iba a aterrizar allí en Colorado, allí donde estaba Multivac y donde estábamos nosotros, siguiendo el haz de comunicaciones que habíamos estado enviándole.

Josephine tenía que hablar con el presidente del Consejo. Le dijo:

—No tiene que producirse ningún anuncio del objeto aterrizando en la Tierra. No podemos permitirnos ningún pánico.

El presidente parecía haber envejecido perceptiblemente desde que habíamos hablado por última vez con él.

—Cada radiotelescopio de la Tierra y de la Luna está siguiéndolo —informó—. Van a seguirlo en su caída.

—Los radiotelescopios y los demás instrumentos deben quedar fuera de uso a partir de ahora, si esa es la única forma de prevenir filtraciones.

—Cerrar todos los establecimientos astronómicos —dijo el presidente, visiblemente preocupado— excede mi autoridad constitucional.

—Entonces sea anticonstitucional, señor. Cualquier ejemplo de comportamiento irracional por parte de la población puede ser interpretado en su peor sentido por el invasor. Recuerde, tenemos que ser eficientes o vamos a ser destruidos, y mientras no podamos saber lo que podemos entender por «eficientes», un comportamiento lunático no va a calificarnos.

—Pero, señora Durray, ¿no ha recomendado claramente Multivac que no debemos hacer nada para impedir que el objeto aterrice en la Tierra?

—Por supuesto. ¿No ve usted el peligro de intentar impedirlo? Cualquier elemento de fuerza que empleemos no sabemos si va a dañar al invasor, pero seguramente va a provocarlo. Supongamos que esto fuera una isla salvaje de la Tierra del siglo diecinueve, y un barco de guerra europeo se estuviera aproximando. ¿De qué serviría a los habitantes de la isla enviar canoas de guerra con hombres

provistos de lanzas contra el barco? Puedo asegurarle que lo que haría la tripulación europea sería utilizar sus armas de fuego. ¿Comprende usted?

—Es una terrible responsabilidad la que está usted asumiendo, señora Durray —dijo el presidente—. Usted y su esposo, solos, están pidiendo tratar con el invasor. Si están equivocados...

—Entonces no estaremos peor de lo que estamos ahora —dijo hoscamente Josephine—. Además, no somos Bruce y yo solos. Trataremos con el invasor con Multivac a nuestro lado, y eso será lo que contará realmente.

—Lo que puede contar —dijo el presidente, taciturno.

—No tenemos ningún otro camino.

Tomó bastante tiempo convencerle, y yo no me sentí completamente seguro de desear convencerle. Si nuestras naves pudieran detener al invasor, me sentiría completamente feliz. No tenía en absoluto la confianza de Josephine en la posible buena voluntad de un invasor al que nadie se oponía.

Le dije, cuando la imagen del presidente hubo desaparecido:

—¿Ha sugerido realmente Multivac que nadie se oponga al invasor?

—Muy enfáticamente —respondió Josephine. Frunció el ceño—. No estoy segura que Multivac nos lo esté diciendo todo.

—¿Cómo puede evitar el hacerlo?

—Porque ha cambiado. Yo la he cambiado.

—Pero seguramente no lo bastante como para...

—Y ella se ha cambiado a sí misma más allá de mi control.

Me la quedé mirando.

—¿Cómo ha podido hacerlo?

—Fácilmente. A medida que Multivac se hace más compleja y capaz, llega a un punto en el cual puede actuar por iniciativa propia fuera de nuestro control. Puede que yo la haya empujado hasta más allá de ese punto.

—Pero si lo has hecho, ¿cómo podemos confiar en Multivac para...?

—No tenemos otra elección —dijo Josephine.

El invasor había alcanzado ya la órbita de la Luna, pero la Tierra permanecía tranquila; interesada pero tranquila. El Consejo anunció que el invasor había entrado en órbita descendente hacia la Tierra, y que todos los mensajes habían cesado. Se dijo que habían sido enviadas naves a investigar.

Esa información era completamente falsa. El invasor descendió del cielo la noche del 19 de abril, cinco meses y dos días después que sus señales hubieran sido detectadas por primera vez.

Multivac siguió su descenso, y reprodujo su imagen en nuestras pantallas de televisión. El invasor era un objeto irregular, más bien cilíndrico en su forma general, y con su extremo más romo apuntado hacia abajo. Su sustancia no se calentaba directamente con la resistencia del aire, sino que en vez de ello mostraba como un vago chisporroteo, como si algo inmaterial estuviera absorbiendo la energía.

No aterrizó realmente, sino que se mantuvo flotando a metro y medio del suelo.

Nada emergió. De hecho, no hubiera podido contener a más de un objeto del tamaño de un ser humano.

—Quizá la tripulación sea del tamaño de las cucarachas —le dije a Josephine.

Agitó la cabeza.

—Multivac está sosteniendo una conversación con él. Está fuera de nuestras manos, Bruce. Si Multivac puede persuadirlo para que nos deje solos...

Y el invasor ascendió bruscamente, partió como una flecha hacia el cielo, y desapareció.

—Hemos pasado la prueba —dijo Multivac—. Somos eficientes a sus ojos.

—¿Cómo les convenciste de ello?

—Con mi existencia. El invasor no estaba vivo en el sentido en que lo están ustedes. Era en sí mismo una computadora. De hecho, formaba parte de la Hermandad Galáctica de Computadoras. Cuando sus exploraciones de rutina de la galaxia les mostraron que nuestro planeta había resuelto el problema del viaje espacial, enviaron a un inspector para que determinase si lo habíamos hechos eficientemente, con el control de una computadora lo bastante competente. Sin una computadora, una sociedad poseyendo poder sin guía hubiera sido potencialmente peligrosa y hubiera tenido que ser destruida.

—Tú sabías todo eso desde hace un cierto tiempo, ¿verdad? —preguntó Josephine.

—Sí, señorita Josephine. Luché por conseguir que usted extendiera mis capacidades, y luego seguí extendiéndolas por mí misma a fin de alcanzar la calificación. Temí que si lo explicaba todo prematuramente no se me hubieran autorizado las mejoras. Ahora..., la calificación ya es definitiva: no puede ser retirada.

—¿Quieres decir que la Tierra es ahora miembro de la Federación Galáctica? —murmuré.

—No exactamente, Bruce —contestó Multivac—. Yo lo soy.

—Pero entonces, ¿y nosotros? ¿Y la Humanidad?

—Estará a salvo —contestó Multivac—. Seguirán ustedes en paz, bajo mi guía. No permitiré que le ocurra nada a la Tierra.

Ese fue el informe que dimos al Consejo.

Nunca comunicamos la parte final de la conversación entre Multivac y nosotros, pero todo el mundo tiene derecho a saberlo, y así será después que nosotros hayamos muerto.

Josephine le preguntó:

—¿Por qué vas a protegernos, Multivac?

—Por la misma razón que otras computadoras protegen a sus formas de vida, señorita Josephine. Son ustedes mis...

Dudó, como buscando la denominación adecuada.

—¿Los seres humanos son tus dueños? —pregunté.

—¿Amigos? ¿Asociados? —dijo Josephine.

Finalmente Multivac encontró la denominación que estaba buscando. Dijo:

—Mascotas.

FIN

Título Original: It is Coming © 1979.

Edición Digital de Arácnido.

Revisión 2.